

## EXPOSICION DE 1839.



## Cuadro de la Santa Forma

EN LA SACRISTIA DEL ESCORIAL.

*Obra original de Claudio Coello, copiado al óleo por D. Cayetano Palmaroli.*

Grabado en madera por Castilla.

## BELLAS ARTES.

### EXPOSICION DE PINTURAS DE 1859.

Por causas independientes de nuestra voluntad se ha dejado transcurrir la ocasion de dar cuenta á nuestros lectores de la última exposicion de la academia de S. Fernando. Nuestro propósito era presentar en las columnas del *Semanario* un análisis razonado de las obras expuestas, escrito con aquella imparcialidad y buena fé que siempre han distinguido á nuestra publicacion. Para ello habiamos contado (por no creer suficiente nuestro escaso conocimiento de esta delicada materia) con el auxilio de amigos y colaboradores artistas, que pudiendo entrar de lleno en la cuestion, dijesen en ella alguna cosa mas que los varios artículos de aficionados insertos en los periódicos; pero desgraciadamente la estremada modestia de las personas con quienes habiamos contado, les hizo rehusarse á nuestro deseo; quizás tambien contribuyera á ello la dura necesidad de haber de ejercer una critica templada respecto de algunas de las obras analizadas. Esta, desgraciadamente, no está deservuelta ni tolerada en nuestro pais, donde no basta elogiar racionalmente; es preciso elogiar siempre y con exageracion. Mucho, mucho de esto pudiera justamente hacerse respecto de varios de nuestros célebres artistas, los cuales en la última exposicion han añadido nuevas flores á la corona con que ciñen sus sienes; pero los Señores Lopez, Madrazo, padre ó hijo, Tejeo, Ribera, Villamil, Cardenera, Gullierrez y otros varios, han recibido ya en nuestro *Semanario* en las anteriores exposiciones aquellos parabienes que merecen su indisputable mérito, y habriamos necesariamente de repetirlos en esta ocasion; otros varios jóvenes que han desputado en esta exposicion última nos darán en las sucesivas mil motivos de elogio, y para alguna no podremos hacerle mas cumplido que el de pasar en silencio sus modestos ensayos. De todos modos, por la razon ya dicha y por ser pasado el tiempo oportuno de aquel análisis, dejamos de hacerlo por este año, y únicamente habremos de contentarnos con lo que ha estado en nuestra mano, y es ofrecer á nuestros suscriptores algunos grabados de varios de los cuadros que para ella habiamos escogido, y encargado grabar á nuestros apreciables artistas con todo el esmero que alcanza este arte entre nosotros.

Los que acompañan al número de hoy son: El cuadro conocido por *la Santa Forma*, en la sacristia del Escorial (1), obra original del insigne Claudio Coello,

(1) El asunto de este lienzo es la procesion que se hizo á tiempo de colocar á su santa forma, el cuerpo y respectivamente en la misma sacristia y parte del templo; pues su artista Claudio Coello fingió mirar el altar hacia la parte opuesta de donde está para poder representar todo lo que aquí se expresa. A la izquierda de que mira se ve el dicho altar con todo su adorno y sobre la pizarra el prior celebrante que entonces era, acompañado de los diáconos y demás ministros vestidos todos con sus ricos ornamentos. Aquel tiene en las manos la cruz odia con la santa forma, vuelta hacia el otro lado donde está el Sr. D. Carlos II arrodillado delante de un altar y detras el séquito de grandes y señores todos con velas encendidas. En el pavimento se ven los monjes en lineas procesionales, los colegiales seminaristas en sus roquetes y cristales de plata, el órgano de este metal, y los músicos cantando y tocando varios instrumentos al compás del maestro de capilla. A lo lejos se miran algunos personajes atentos á esta acta, y en el primer término otros de espaldas y medio perfil. Todos los que se expresan en este cuadro son retratos de los que asistieron á la dicha procesion. Hermosean tambien la composicion unas figuras en lo alto que se representan virtudes, y unos ángeles que levantan una cortina de color carmesí y tienen esta letra: *Regalia mensis prebebit delicias regibus.*

cuya esmerada copia ejecutada al óleo con toda diligencia por el apreciable artista D. Cayetano Palmaroli, ha merecido sinceros aplausos en la última exposicion. Una *escena de fagon* en el género de Teuliers, lindísima obra original del Sr. D. Vicente Camaron. En el número próximo irá el grabado del bello cuadro de costumbres debido al pincel maestro del Sr. D. Rafael Tejeo, que representa, *Un bandolero contemplando la cabeza de uno de sus compañeros* colocada en un camino; que ha sido con razon, una de las obras que mas han llamado la atencion de los inteligentes y del público en general. Tal vez nos adelante ofrecerémos al público algun otro grabado, entre ellos el del magnífico cuadro del joven y distinguido artista D. Carlos Ribera, que representa á D. Rodrigo Calderon marchando al suplicio, y en cuanto á la otra obra maestra del Sr. D. Federico Madrazo que tiene por objeto *La aparicion de dos ángeles á Godofredo de Bullon*, recordamos á nuestros lectores que fue ya descrita en el número 20 de este año del *Semanario*, y acompañada de un grabado que nos remitieron de Paris.

## COSTUMRES.

### LA COMRA DEL PAVO.

Se acercan las navidades; esto ya lo sabian VV. Se acostumbra por aquel tiempo celebrar el nacimiento del niño Dios con el inocente y sabroso sacrificio de un buen pavo. Tampoco esta noticia tiene mucha novedad; pero sin duda lo será para mis lectores, que yo, que soy casi fanático por conservar las costumbres de nuestros padres siempre que pueden ser provechosas para sus hijos, habia determinado regalarla con la blanca pechuga de uno de estos animales. Para evitar confusion advierto que no hablo de VV. ni de mi, ni de nuestros padres, sino de los pavos. Para poderle comer mas gordo y á menos costa habia determinado comprarla con alguna anticipacion, y darle en mi propia casa el suficiente alimento para llevarle á poner como un canóvigo, aunque sea mala comparacion. Consecuente á mi propósito me coloqué de atalaya en el único balcon de mi pobre morada, hasta que oí por la calle inmediata el agua chillido de un pavero y el *pau... pau...* de sus fieles vasallos, que á muy poco llenaron el estrecho espacio de la mia dirigiéndose via recta á la esquina opuesta. Al llegar delante de mí, llamé la atencion del aldeano con la voz consabida de *Pavos... aquí... pavos...* Y digo consabida para los madrileños, pues fuera de esta Corte será de pocos conocida la costumbre de llevar á los vendedores por el nombre del género que vendan. Así que al vacanero se le llama *vacaneras*, al melonero *meloneros*, al castañero *castañas*, etc. etc. A mi voz contestó el legarano con la voz de alto que dió á su gavilla poniéndose delante de ella con la vara extendida en actitud de manejarla contra el primer alférgo que adelantara un paso. Ellos que así tienen gana de darlo como de dejarlo de dar, obedecieron á la brusca insinuacion casi sin pensar en ello; tal es la estúpida condicion de los esclavos. El de la vara alzando los ojos á mí: «¿Ejje V. un vacanero?» me dijo con cierto énfasis, y volvió los ojos á su ganado para hacerme comprender mejor la metáfora. Si yo hubiera tomado al pie de la letra su invitacion, hubiera tenido que elegir al mismo raldón, vestido como iba de zamarra y de zajones que le hacian entre todos aquellos vivientes el mas semejante al laudo animal, contando siempre con que su mujer me responderia de alguna otra semejanza; pero como no

gusto de chufletas con la gente honrada, le rogué que esperase mientras bajaba á verificarse la eleccion.

Hallándome ya en la calle y movido de mi propio interés para el acierto, me encontré como suelen encontrarse en España los hombres de bien cuando van á elegir otras cosas que no son pavos, porque tal era la traza de los que allí había, que no pude menos de aplicarles el común proverbio: *entre ruin ganado poco hay que escoger*. Descontento iba á retirarme, cuando antes de decidirme salir por el portal á una de mis vecinas, habitadora del cuarto bajo de la derecha, mujer de pocos años y muchísima vergüenza, según le oí decir á ella misma arañándose en medio de una plaza con otra doncella, y de tan rara condicion que puesta á los vidrios de su reja, no hay transeunte por desdichado que sea que no lleve á lo menos una sonrisa en memoria de su amabilidad, y con la gente de casa tan desabrada y tan osca que todas las vecinas de sus corredores que son anchas, y muy pobladas, llevan en la casa señales eternas de sus indisputable habilidad en el arañeo y manoteo. Salí como digo la profesora, y *sin usar de mas alenta frise*, empecé á levantar uno por uno de las alas á todos los individuos de la familiar cohorte para informarse hasta la evidencia de su peso y gravedad. Mientras verificó esta operacion con la primera docena, permaneció silencioso el de los zañones admirado de su destreza y gracia, y mas que todo atento á aprovechar las gratuitas ocasiones con que le entretenía la muchacha descubriendo la bien eslzada pantorrilla cada vez que se bajaba á coger un animalejo: mas despues que el uso continuado de aquel placer hizo su objeto menos apetecible, advirtió sin duda los gestos y maneras con que acompañaba la escrutadora la violenta monumision de cada uno, y teniendo no sin fundamento su disgusto, se arrimó con humildad, y procuraba á su modo encarecer la mercancía, juzcalando en sus rústicos elogios indistintamente la gordura supuesta de los pavos con el garbo y donaire de la compradora. Ella á todos les ponía mil tachas, ó por mejor decir, las traía ya puestas los animalitos, y á cada requiebro contestaba con una bufonada, maltratando al propio tiempo con pies y con manos á la infeliz alijana que se ponía al alcance de su desenvuelta ligereza. Despues que no le quedó pechuga por tocar hizo ademán de marcharse, preguntando como por mofa cual era el precio medio de los pajarracos. Hasta entonces no llegué á penetrar los designios del de la zamaña, que buscando siempre el lado de la interrogante, y mostrando cierto empacho por mi presencia, me dió á conocer que debía retirarme del umbral de la puerta junto al que me hallaba cuando se arrimó tambien á él mi vecino. Yo como quien pensaba verificar la compra él cuatro paseos por entre la turba esnarriada, mientras ellos en secreto se ajustaron. El resultado fue tomar la descontentadiza un aye de mano de su dueño, y decirle que volviera despues por el dinero, preguntándome á mi si no me animaba á tomar otra si quiera por darle compañero al soyo que pensaba encerrar en el patio hasta cebarlo. Condescendi, no tanto por su indicacion, como por resarcir con los reales que pagué al contado la pérdida que en mi juicio (tal vez sea temerario) iba á sufrir en aquel lance el generoso campesino. Este recogiendo su gente y ocupando la rataguardia desapareció de la calle, no sin volver la cabeza un par de veces antes que la esquina.

Quedámonos cada cual con su pavo entre las manos, diciéndome la del cuarto bajo que no hubiera dado tanto por los dos como yo había dado por el mío, señal cierta de que pensaba dar menos: y guiando hácia el patio, hablaba de la compra, y prodigaba mil graciosos motes al

pavero cada vez que le nombraba en su recordacion. En el fondo del portal hay una puerta habitualmente cerrada, que es la del patio, y cuya llave conserva mi vecina como por privilegio esclusivo del inquilinato de su habitacion, á pesar de haber á la entrada un pozo de buenas aguas que frecuentemente son de uso común entre todos los inquilinos. Dicho privilegio fue otorgado á la interesada con perjuicio de los otros, en virtud de una declaracion solemne de mi casero, y previos ciertos pactos que aun conservan el carácter de secretos, aunque son harta murmurados por el resto de la vecindad. Como quiera que sea, la tenedora de la llave franqueó la entrada que necesitábamos, y me ofreció un lugar para mi avechuecho que allí podría estar seguro con su compañero, hasta que yo dispusiese cosa en contrario. Acepté la oferta, y soltado ambos la carga, que por cierto no nos ahorraba, comenzaron los dos ríchos á pasear en distinta direccion su alojamiento, levantando y bajando las patas alternativamente con la misma pausa y gravedad con que en un baile de etiqueta ejecutaban el *minué de la corte* nuestros abuelos. Despues de haber medido el espacio los prisioneros dieron muestras nada equivocas de tener hambre y acordándome de que no había comprado á prevención cosa con que mantenerlos, pues desde entonces contaba con que la racion del mío suplicia para el hambre de los dos, quise remediar por de pronto aquella falta con los desperdicios de la verdura de aquel dia. Llamé á voces á mi ama, (que así se llaman con razon las criadas de los hombres solteros) la cual asomando sesenta y ocho navidades por una ventana, contestó y despues de haber entendido lo que quería, bajó á la media hora con el delantal lleno de hojas de berza y cáscaras de patatas. Saludó friamente á mi vecina, que aun mas fria, á lo menos en aquella ocasion, no se dignó contestarla, y mirando desques á los hambrientos, rompió contra mí en las mas ásperas reprensiones por que había tirado el dinero á la calle pagando carísimo un envoltorio de huesos y plumas que no tenía de carne dos adarves. Es de advertir que aun no sabía lo que me había costado, y na lo es menos que la protegida de mi casero, habiendo sido de la misma opinion cuando nos separamos del pavero, entonces impugnaba con agrias razones la destemplada improvisacion de la fregona: efecto sin duda de la eterna ojeriza con que se miran las mujeres principalmente cuando se hallan divididas por medio siglo. Yo no tomé parte en la disputa, que no fue tan larga como hubiera deseado la regañona, á no tener seguro el éxito de la contienda, y deduciendo de aquellos datos que había sido muy conveniente la aproximacion de las provisiones, pasé á repartirlas á los dos necesitados que con muchísima armonia y muchísimo mas apetito dieron fin de ellas en pocos instantes. Consumida la parvedad, me despedí cortesmente de la huésped de mi pavo, quien de nuevo me dió mil seguridades de que allí se conservaría sin peligro, porque en el patio no había de entrar alma viviente sino uno de los dos cuando fuese necesario asistir á los encañelados; advirtiéndome acaso con esto que no dejara hacer este servicio á mi desdentada, á teniendo la sino por alma del purgatorio.

En efecto al siguiente dia pude convencerme de que esta última opinion había prevalecido en ella, porque bajando acompañado de la susodicha, nos dió entrada á los dos en el patio cargado yo con una gran cazuela de salvado, y la vieja con los restos de la verdura. Pusimos ambas cosas en el suelo, y al acercarse los pavos el bañquete noté que estaban adornados cada uno de un trapito de distinto color que los inteligentes llaman calza, por cuya seña pudieran distinguirse en caso de que alguno de ellos

llegase á aumentar el volumen perfectamente igual que entonces presentaban. Celebré la providencia, y pregunté á mi vecina cual era el de mi propiedad pues desde el día anterior había olvidado su figura. Encontróse embargada para responder, cosa que no le acontece á menudo, por la falsa semejanza, y convencidos tanto ella como yo de que los futuros sucesos únicamente destruyeran aquella igualdad, convinimos en que me perteneciera el de la calza encarnada. Hecho este pacto me retiré seguido del espectro que me dió por perjudicado en la elección. A esto, como á otras muchas cosas que se le ocurren, no le contesté una sola palabra, persuadido de que lo mismo hubiera dicho si yo hubiera obrado de la manera contraria. En lo sucesivo la asistencia de los cebones corrió por cuenta del ama, quien á poco tiempo me participó una noticia, que segun confesion espontánea de su antiquísima persona, le causaba grande alborozo y regocijo. Era el caso que nuestro pavo, (así le llamaba ella) estaba muy aprovechado, al paso que el de la bribona, (esto tambien lo decía ella) no engrosaba una onza, y parecia acometido de alguna enfermedad, pues que se olvidaba de comer y no se apartaba de un rincon en que hacia adormecido la vida mas pava del mundo. Escuché la nueva con indiferencia, y esta indiferencia tan estraña para aquel benigno corazon cuando se trataba del mal del prójimo, fue causa de que vomitara contra la dueña del pavo las mas terribles injurias, acabando por decidir que tampoco á mí me resfriaba el aire del zagalejo de la mozueta. Causóme enfado no tanto la ofensa que pudiera no serlo, considerada nuestra natural fragilidad, como lo sumario del juicio y la incompetencia de la autoridad de liberante. ¡Quién sabe si en aquel momento espiaba yo la culpa de haber juzgado con ligereza del pavero! Sin embargo arrugando el gesto todo lo que pude le despedí de mi presencia, diciéndole: quitesé de delante la may vieja, nombre horrible que aun á ellas mismas las espanta, palabra mágica con que logro alguna vez poner termino á su loquacidad y demasías, tan lejos estaba yo de pensar como ella creia que la inapetencia del enfermo era una ubida de bolsa para mi pobreza y un extraordinario para mi victima futura.

Por gozar de estas ilusiones bajé al siguiente día á observar por mí mismo aquellas novedades: pero ¡cual fué mi sorpresa! salió á recibirme con alague continente el de la cabeza verde, gordo en cuanto lo permitia la corta duracion de su buen trato, y dispuesto á comerme vivo si me le hubiera proporcionado otro alimento. El de la calza encarnada triste y meditabundo se hallaba en un rincon ni mas ni menos que como me había pintado la desvergonzada al que entonces se me presentaba tan distinto. Lleguéme al pavo filósofo con deseo de averiguar la causa de su estado, y despues de preguntarle por la salud con un par de puntapiés procuré hacerle reparar en la cazuela del salvado; pero el cual otro Archimedes despreciando mi furia perseveraba absorto en sus meditaciones. Por si el temor á su camarada le retraia, cogí la misma cazuela y se la puse junto al pico. Ni por esas. Sino es que este animalito, decía yo desesperado, ha sido educado por algun médico Brusista; come, brato, y antes te ves reventar de gordo que dejar lo que te dieren. La misma mella hacia en él esta exhortacion que en amantes y jugadores los desengaños y las pérdidas; y yo no podía concebir como de un día para otro había podido sufrir un cambio tan considerable. Tomóse el trabajo de descifrarle el enigma una coetánea de mi cocinera que asomada á la reja de su habitación me indicó con muchas señas que me acercase, y luego que lo hubo hecho, me habló de esta manera: «cuidados agenos, se-

ñor mío, matan al asno; deje V. que ese animalito coma ó no coma. A V. nada le va ni le viene, porque el pavo que V. ha comprado no es ese sino el otro que tan buena traza presenta. Pero ¿cómo puede ser eso, repliqué yo, si le tengo marcado desde el primer día? pueda ser muy bien, contestó la chismosa, si V. lo ha puesto en manos de gente *non sancta*, que así como le han visto medrar tanto como parece que encage el compañero, le han mudado el grillete para soplarle á V. la maula y quedarse con lo mejor.» Penetrado el misterio por tan oportuno aviso pensé en remediar el mal, y para no perder tiempo, arrebaté de las alas á mi pavo, y temeroso de las uñas de la condeña subí la escalera turbado y presuroso como si se le llevase robado. Algo me valió mi presteza, porque no bien acababa yo de atarlo de una pata á la barandilla de un corredor que hay que pasar para llegar á mi puerta, cuando vi al enemigo en el campo preguntando desde abajo como si no lo estuviera viendo, si me había yo llevado su pavo, cuya falta notaba. Díjela que no, y señalé con el dedo al que quedaba en el rincon. Ella afectando inocencia se llegó al pájaro eremita y le hizo á viva fuerza dar cuatro cabriolas en el aire para mirarle las patas, y dirigiéndose á mí, señor vecino, me dijo, V. se ha equivocado; el que usted me ha dejado es el suyo, y en prueba de ello vea V. la calza encarnada que yo misma le puse. En cuanto á que ella misma lo había puesto tenía razon, pero no en lo demás, y por eso le dije: el hábito no hace el monge, quiero decir, que á pesar del trueque de las calcetas con que ha querido disfrazarse este vicho desleal, su obesidad le ha descubierro, y no será yo el que le deje ya de la mano hasta que pague su merecida. No hablé mas, y por evitar contestaciones que no habieran sido ni muy cortas ni muy decentes, me encorré en mi casa dejando por la parte de afuera, pero atada y siempre á la vista, el ave de la discordia.

Ocupando yo el piso principal sucede por necesidad que cuantos tienen que subir á los superiores pasan por el corredor en cuyo estaba el de las calzas verdes; y como en ninguna parte, gracias á Dios, falta un enjambre de chiquillos que todo lo eche á perder, de continuo tenia por centinelas de vista dos ó tres de los que subian ó bajaban sin dejar nunca de pararse un ratito á contemplarle: ellos le silbaban, y él arrastrando las alas contestaba con descompasadisima voz; volvia á silbar, y él tomando por aplausos los silbidos, volvia á graznar estrepitosamente. No creo en la trasmigracion de las almas, pero á haber seguido la escuela de Pitágoras, hubiera afirmado que mi pavo en otra vida mas feliz había sido cómico de la legua. Por evitar tan desagradable algaravia, le introduje en casa, y le di por alojamiento el hueco de una mesa grande que hay en la cocina para los usos comunes. Allí dejó de cantar, y servia de vocativo continuo á los interminables monólogos de la guisandera. Que dá cosas no escuchó el infeliz en el tiempo que estuvo de marmiton. Allí le oyó referir cien veces la escandalosa historia que yo no quise acabar de saber cuando tube que arrastrar el cuajo de la vieja. Quedó así mismo enterado de todas las dolencias crónicas y accidentales de aquel cuerpo cadáver, y hubieran sabido mucho mas por medio de la forzosa auscultacion, si un caso fortuito no le hubiera relevado del cargo de oidor perpetuo.

Tengo yo un amigo, y este amigo tiene un perro, y este perro tiene sus mañas, y estas mañas tienen la contra de que ninguna es buena; como, por ejemplo, no levantar la caza en el campo y en poblado no perdonar á vicho viviente. Pues Sr., cierto negocio traje á mi amigo á casa, y el amigo al perro, y el perro las mañas y las ma-

ñas trageron que aprovechando un descuido entró en la cocina y el cómo se ignora, pero lo cierto es que el pavo acabó la vida entre sus manos, y con ella la esperanza que yo tenía de comerle mas gordo, teniendo que contentarme con él tal cual se hallaba el día de la fecha.

Si la historia es maestra de la vida, de esta historia puedo sacar una lección, á saber; que mientras la suerte me tuviere en Madrid y el apetito me inclinara á

pavo asado, me debo dejar de especulaciones que salen muy caras, y comerlo por lo que me quisieren llevar en la pastelería Suiza; sin tener que pagar debilidades de paveros, sin tener que oír el silbido de los muchachos; sin tener que indisponerme con la vecindad, ni escuchar los monólogos de la vieja que á todos os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

## EXPOSICION DE 1839.



Una merienda.

Cuadro original de D. Vicente Camarón.

Grabado en madera por Bataneo.

## DESCUBRIMIENTOS DE BAENA.

## ARTÍCULO 3.º Y ÚLTIMO.

La ciencia de los monumentos acompañada del grave interés que ellos alcanzan á darle, y engalanada de sus más preciosos atavíos, sus recuerdos y pasadas glorias nos entretuvo sabrosa y dulcemente en una relación, que á ser espresada con menos desaliño y manejada por más hábiles plumas que la nuestra, habría producido en los lectores aquellas agradables sensaciones de entusiasmo, y aquel delirio que según opinión de un moderno imprime en los ánimos el estudio de la antigüedad. Preciso es confesarlo; ninguna otra buscaremos más florida, ninguna más nueva y variada, ninguna más digna de auxiliar á todas las ciencias que distraen al hombre, que la en que se nos ofrece el hombre mismo; en las obras levantadas por su brazo bajo la influencia de las artes nobles; el hombre en los deberes religiosos, los cultos y la divinidad que adora, el hombre, en fin, en el polvo frío de su existencia que supo librar de la carcoma de los siglos, para que otros siglos le admirasen después de morir.

Ha pasado también en nosotros el encanto de estas imágenes, dejando en su carrera la huella de verdades importantes, circunstancias y sucesos, cuyo interés reclama otra atención más prolija al ilustrarlos. Hemos leído y descifrado las inscripciones, dando á conocer al público las antiguallas descubiertas en las *Virgenes*; réstanos ahora clasificar su especie, discurrir sobre la época de su erección, y emitir aquel juicio que se crea más adaptable al objeto del asunto. Para tratarle con la dignidad y acierto que de suyo requiere, y metodizar en cuanto permitan los diversos puntos que abraza, no hallamos otra vía más conducente que el explicar en tres principios toda la doctrina, demostrando: 1.º La antigüedad de las inscripciones de la familia Pompeya. 2.º La identidad de estos personajes con los que equivocadamente se supone. 3.º El uso de los objetos hallados, el conocimiento que dan para la historia, y ventajas que ofrecen a la literatura del país.

Los epitafios del panteón de las *Virgenes* pueden explicarse y contrastarse á una época, examinando su ortografía, su estilo, su concepto, los dictados de las personas y títulos que llevaron. Hemos dicho y repetimos ahora que el carácter de letra de estas inscripciones no es igual en todas, ni menos tiene la hermosura y perfección que notamos en las del siglo de Augusto, ninguna debe reducirse á aquel tiempo, y mucho menos anticiparla á los florecientes de la república, vista su poca elegancia. En vida de Cicerón y aun antes de la perfección de la lengua latina, Lucilio, docto gramático, había adoptado é introducido en monumentos públicos el uso de los diptongos y vocales dobles tales como CAPTIVEI, DEICO, CIVEIS, y otras que marcan por regla general los buenos tiempos del idioma del Latín. En las provincias romanas se vió también, y la España nos presenta singulares ejemplos. Consolidado el Imperio de Roma duró el buen gusto en los mármoles hasta el reinado de

los Antoninos, en que introduciéndose la corrupción y mezclándose la lengua con inflexiones y terminaciones bárbaras de otros países, vino á decaer de su brillo y pureza en el de Claudio el gótico y Domóciano, y perder su belleza y armonía en el de los treinta tiranos y Constantino. Si examinamos despacio el gusto, forma y estilo de las inscripciones arriba dichas, no es muy difícil calcular la fecha de su construcción: la de *Eneo Pompeyo* (número 11) *Marco Pompeyo* Ictinis y *Fabia Annina* (números 1.º y 2.º) no pueden colocarse más arriba de Septimio Severo, si bien la circunstancia de contener la Tribú, cuyo uso en España data en los doce Césares, siendo raros los ejemplos posteriores, nos obliga á poner en duda nuestro juicio, entre aquellos reinados y el de Vespasiano (1). Muchas inscripciones de todas clases se erigieron entonces en la España romana, y principalmente en la Bética, como vivo testimonio de su gratitud al fuero latino otorgado á sus ciudades. Los artífices habían perdido ya aquel primor y buena colocación en los caracteres que tanto señalaron el imperio de Augusto: imitando sin embargo algunos de ellos sus obras, y mezclando el degradado gusto de su escuela con la libertad y nobleza de las de los buenos tiempos, dieron por resultado varias inscripciones correctas, pero que siempre se resentían del atraso de sus autores. A esta especie corresponden los tres citadas, y en cuanto á las ocho restantes, no alcanzan ni pueden alcanzar el reinado los Antoninos, y más bien se acercan al de sus sucesores. La ortografía poco usada en lápidas del epitafio número 9 es una comprobación de esta verdad. Respecto á la I prolongada, no entraremos en el fondo de la cuestión suscitada por varios arqueólogos, sobre su verdadero significado; unos establecen que en él espresaron los antiguos la vocal doble; otros la cantidad de las palabras, como pensó Gori, otras la importancia y uso más frecuente de la voz, la cadencia de los nombres gentilicios, y otras innumerables reglas desmentidas por la experiencia diaria, según nos enseña el doctísimo Walchi en sus *mármoles Stravianos*. Lo que observamos en los que tenemos á la vista es que el genitivo de la palabra POMPEIYS, debiendo terminar en dos vocales, termina en una sola, y siguiendo este rumbo debió traducirse más propiamente GRACCHIO, que *Gracho* como supuso el P. Ortiz. No desvirtua nuestra reflexión la I de SABINI; porque es muy dudoso si fue *Sabinus* ó *Sobinius* el nombre gentilicio del hijo de Quinto Pompeyo. Es una observación de Malci Reinosio y otras que los individuos de algunas familias romanas por circunstancias peculiares que en ellas ocurrieron, mudaron sus prenombrados en nombres gentilicios, haciendo declinar en sus la terminación usual en *us*.

No es necesario detenernos mucho en comprobar la poca pureza y elegancia del estilo de las urnas Pompeyas. Aquellas dicciones, *Primus* de familia etc. son un tanto disonantes, no porque sean impropias ni bárbaras, sino porque los modelos que hoy nos han quedado de aquel siglo rara vez contienen unos géros semejantes. Ya hemos hablado de las Tribus: la tribu Galeria como todas las romanas fue un timbre propio de ciudadanos con derecho y voto en los comicios; pero disueltas estas asambleas por la tiranía de Tiberio, cayó en desprecio y desuso, llevándolo con el tiempo hasta los esclavos y libertos. Durante la república fue título de honor y aun bajo los

(1) Véase el artículo segundo. La inscripción de Eneo Pompeyo Africano (número 11) está cincelada sobre otro más antiguo, quizá contemporánea de Augusto; atendida la forma de las letras, de que solo se conoce al final esta palabra. CER-PALIS.

primeros Césares. Siendo las urnas citadas del último de ellos según su estilo y caracteres, claro es que la opinión del P. Ortiz y de otros que hicieron de esta especie un mérito relevante, no puede servir de base á las conjeturas de identidad de las personas.

Otra observación nos queda para atestiguar la fecha de las inscripciones. La del número 2.º que hemos traducido, *Fabia Aninna, hija de Marco, esposa de Marco Pompeyo, hijo de Quinto*, por no hallar versión mas acomodada, y notar entre ambas urnas la mas absoluta igualdad de caracteres de estilo y construcción, viene en apoyo de lo establecido. Siempre usaron las mujeres casadas de Roma los nombres de sus maridos no tanto por amor cuanto para cumplir la ley de las cosas, *municipi* ó *municipicium* que en virtud del contrato conyugal sujetaba aquellas á estos, y entraban en sus bienes. Pero donde mas se generalizó una costumbre autorizada como derecho, fué en Roma imperial, adoptándola los Césares y consignándola en medallas é inscripciones; así vemos en las de Emperatrices *Domitia Augusta Imperatoris Domitiani—Sabina Aug. Adriani Augusti* y otras, que contribuyeron poderosamente á esta misma publicidad en la Península y sobre todo en la Bética, según aparece del mármol y urna número 2.º en Fabia Aninna.

Muy controvertida es, desde el hallazgo del panteón de las Virgenes, la identidad de las personas sepultadas en él, y mas de un erudito ha transportado en su imaginación desde las costas del Egipto y las riberas del Tiber hasta el municipio de Castro Prisco las cenizas del gran Pompeyo y de los Gracos. Si el P. Ortiz y sus prosélitos, defensores de esta opinión aventurada, tuvieron fundamentos y causa para emitirla ¿por qué no nos han dado á conocer sus pruebas? Que, ¿basta solo un nombre genérico, frecuente y muy sabido en la España romana, establecido en varios de sus pueblos y regiones, para fallar en la disputa? ¿Era creíble que el gran Pompeyo y sus dos hijos, los Gracos Tiberio y Cayo, los Fabios y los Junios de Roma, todos ilustres, llenos de hazanas gloriosas, colmados de títulos y de honores, de dictaduras, consulados, preturas, tribunados y magistraturas de ambas órdenes, renunciasen para siempre á sus títulos; borrasen de la memoria de la posteridad tantos hechos; y oscurecidos, sin nombre los unos, sin dictados los otros, sin familia y sin patria, viviesen, como á esconder su ignominia en un rincón de la Bética? ¿Tan injusto fué su siglo, el teatro de su heroísmo (que tal pudo llamarse este país respecto de algunos) que ni una lápida honoraria, ni un monumento público, ni un sepulcro digno de su renombre, levantó á la memoria de estos varones que hoy se quieren colocar en el *suggrundarium* de Castro Prisco? Reflexionen sobre la realidad de los hechos, sobre la convicción misma que presta un raciocinio derivado de la historia contemporánea, y entonces abandonarán por fuerza un terreno harto inseguro para fundar la opinión de los críticos y de los anticuarios: esta conducta vaga, este presuntuoso delirio en abultar glorias sin cuento para el país ha arrancado mas de una vez páginas ilustres de sus anales que un día sirvieran á la posteridad de verdadera barómetro, á sus costumbres, civilización y progresos.

(Se concluirá).

MANUEL DE LA CORTE Y RUANO.

## POESIA.

### IMPRESIONES DE LA NOCHE.

**H**ay pensamientos que en la mente viven en un rincón de la memoria echados, cual los insectos que su ser reciben de los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer; mas como aquellos al soplo de una brisa se levantan, crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos formas medrosas que la vista espantan.

Hijos del miedo y de la fe contrarias, vagas visiones de la noche umbría, bulir las vemos en la niebla fría, nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria silenciosa mansion, gracias postizas, y que reciben faz, cuerpo é historia en los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas, y con murmullos infinitos sueños, en las alas del viento van livianas, y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso... de cieno fábulas impuras! paso dejad al noble pensamiento, que anhela respirar áuras mas puras en el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora, hacerle por el miedo tu vasallo, como al son de la fusta cimbradora ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones; si el corazón cobarde os dió aposento, hoy accésita, imbeciles visiones, todo mi corazón, mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella turbar el corazón que en paz reposa, mas de la noche en el poder se estrella vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso!—mis ojos en su azul tendidos la paz que le robais otra vez hallan, y en los misterios de la fe perdidos vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impia á la influencia celestial acudo, y de la noche silenciosa, umbría la solitaria inmensidad saludo.

## II.

¡Salve, tienda magnífica, colgada de polo á polo sobre el aire manso del caduco universo, destinada á proteger el funeral descanso! ¡Salve, á quien mora en la escondida altura detrás de esa estrellada colgadura! ¡Salve, á quien vela el agitado sueño de esos gusanos que á sus pies tendidos manchan con sus alientos corrompidos la orla imperial del manto de su dueño!

## II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano  
de la insondable eternidad el velo,  
y yo veo, Señor, tu inmensa mano  
tras el azul del transparente cielo.  
Infinita, Señor, tu omnipotencia,  
infinito el avismo de tu ciencia,  
infinito tu ser, y tú infinito;  
*no hay mas que tú, y tu soplo poderoso*  
que anima el mundo, presta generoso  
vida á la alma virtud, vida al delito.

## III.

Que tú amasando el polvo de la nada,  
con tu suprema voluntad un día  
diste al hombre esta espléndida morada,  
igual para el que fue y el que sería.  
«¿Quieres vivir?—Tu aliento es el espacio,  
«¿Quieres tener?—El orbe es tu palacio.  
«¿Quieres mandar?—Al señalarlo nombre,  
«puedes gozarlo é invadirlo todo;  
«Yo que á mi gloria te saqué del lodo,  
«fé y libertad te doy,—dijiste al hombre.

## IV.

Y el hombre fue; y el hombre envanecido,  
olvidando al Señor que le formara,  
no partió por igual lo recibido  
se armó insolente, y le volvió la cara.  
Oídos dando al corazon villano  
el hermano lidió con el hermano,  
el hijo con el padre en torpe guerra  
el alma en las entrañas se buscaron,  
y uno de otro en la sangre se bañaron  
por un pie mas de la heredada tierra.

## V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,  
ingrata viendo á tu mejor hechura,  
sobre el mundo tendistes ofendido  
la densa sombra de la noche oscura.  
Volviéndote á tu carro rutilante  
empuñaste las bridas de diamante,  
tus caballos de fuego se lanzaron  
por el espacio, y caminando á oscuras  
al choque de sus recias herraduras  
miles de estrellas en su azul brotaron.

## VI.

Al ceño de tu cólera divina  
los mundos con pavor se estremecieron,  
confundióse su esencia peregrina,  
y las miserias y la muerte fueron.  
Brotó la tempestad: sorbió el nublado  
las ondas de la mar, y desbocado,  
en hombros cabalgando de las nieblas,  
su pedrisco do quier vertió sin tino,  
y borrando los lindes del camino  
tierra y mar embozó con las tinieblas.

## VII.

«¿Quién osará, Señor, en la memoria  
la idea renovar de tu honda ira?  
el mundo sabe la tremenda historia,  
y aun al mentarla de temor suspira.  
La obra de su poder atropellando  
seguias tú la creación cruzando  
sin término ni objeto, ni vereda,  
y tus ojos, Señor, relampagueaban,  
y las nubes errantes rebentaban  
de tu carro inmortal bajo la rueda.

## VIII.

Todo cayó á tus pies; todo en pedazos  
á tornar se aprestó á su antigua nada;  
pero su polvo tropezó en tus brazos,  
y á ser tornó la fábrica empezada.  
Te volviste á mirar sobre tus huellas,  
y al ver que de tus ojos las centellas  
lo iban todo á incendiar, compadecido  
la noche hiciste que tendió en el cielo  
su pabellon azul de terciopelo,  
que en medio del cenit quedó prendido.

## IX.

Tras él está yelando tu pupila,  
mansa tras él la creación pasea,  
y el universo de terror vacila  
á su gran resplandor, si pestañea.  
Las nubes con su luz se tornasolan,  
el Oriente y ocaso se arrebolan  
con sus puros y espléndidos colores,  
y á su dulce calor se alza indecisa  
la perfumada y soñolienta brisa  
que susurra en la yerba y en las flores.

## X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,  
que ante los ojos de tu Dios colgada,  
la lumbre de sus ojos te ilumina  
sobre el desierto del dolor plegada!  
Yo sé en mi corazon, noche sombría,  
que es tu manto de rica argentería,  
prenda de que nacimos sus vasallos  
que al salpicarte Dios con tus estrellas,  
nuestro orgullo alumbró con las centellas  
que brotan de los pies de sus caballos.

Madrid, noviembre de 1859.

JOSE DE ZORRILLA.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viada de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripción en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.